



PROSA AMERIAN
EDITORES

URUGUAY 1371 –CABA –
SADE
4815-6031/0448
info@prosaeditores.com.ar

El escritor y editor argentino contemporáneo Osvaldo Tamborra, es autor de ocho libros de poesía y cuento. Además, varias antologías publicadas en el país y el extranjero han incluido composiciones de su pluma en ambos géneros. Si su poética, las más veces subjetiva, pero no al modo romántico o neorromántico, transmite algo de su interioridad con alusiones, enumeraciones y metáforas construidas a partir de un activo e inevitable interactuar con la vida; al abordar la labor narrativa, aunque ajena ella al llamado realismo sucio de origen norteamericano con puntales como Bukowski o Carver, Osvaldo Tamborra aparece también sabedor que la literatura se construye con hechos no literarios y pocas palabras que los adornen. En consecuencia, asume el riesgo de aventurarse al vértigo de las cotidaneidades, para enmarcar sus argumentos de ficción con representaciones de la realidad y no utilerías adjetivadas, resaltando entre sus múltiples planos superpuestos o contrapuestos los datos más recónditos y dramáticos de la existencia, que es siempre un coexistir con los seres y las cosas en un tuteo permanente.

Algo de lo anotado se evidencia en el cuento breve “Conclusión” que antecede.

Carlos María Romero Sosa
camaroso2002@yahoo.com.ar

Escritores recién publicados:

<i>Rodolfo Camacho</i>	<i>Carlos Penelas</i>
<i>Charles John Dickens</i>	<i>Nora L. Salgueiro</i>
<i>Betty Medina Cabral</i>	<i>Julio Mario Scarinci</i>

Fernando Sorrentino

Director – propietario de la colección:

Carlos Pensa

Registro Propiedad Intelectual N° 5.320.505
Corrientes 2963, 1° “G”
1193 - Buenos Aires - Argentina
www.carlospensa.com.ar / todo es cuento.htm
Hecho en IMPRENTA DEVOTO Uruguay 445 Bs. As

63

todo es **Cuento**®

y

osvaldo
TAMBORRA



Coleccionable



Noviembre de 2020

o.T.

CONCLUSIÓN

Hacía rato que estaba inmóvil, tal vez horas. Imaginaba que ya su cuerpo se había convertido en parte de esa miserable habitación de hotel de cuarta. Que se había soldado a sus sucias paredes. No movía los ojos, que era lo último en lo que había perdido el movimiento. Hasta un rato antes podía subir o bajar la mirada, ahora ya ni eso lograba hacer, no es que no lo intentara, sino que tal vez había olvidado el modo de hacerlo. Ya su vista apuntaba únicamente a un lugar fijo de ese sitio, como si estuviese fascinada por ese punto únicamente, como si hubiese perdido el interés por todo lo demás que lo rodeaba, por aquella mancha en el cielorraso que durante mucho tiempo y a medida que esta cambiaba su forma, trataba de asociar con alguna cosa, un animal, olas, inmensas hojas o algún fantasma. Al menos en eso ocupaba buena parte del tiempo que le sobraba.

Hacía al menos tres días que no salía de su habitación. No lo había intentado siquiera, ahora su encierro se convertía en inmovilidad. No lograba descifrar cual era la sensación que lo invadía, no se preocupaba por ello. Sumido en la pasividad ya no hablaba consigo mismo, como era su costumbre al menos hasta el día anterior.

Se sentía como en una celda esperando a quien viniese a buscarlo para conducirlo al lugar donde se cumpliría su pena de muerte y no imaginaba siquiera la posibilidad de que su pena fuese conmutada. Pero no, nadie vendría a buscarlo y mucho menos nadie se preocuparía por conmutar ninguna pena porque nadie sabía de su existencia. Tampoco había ninguna razón para ninguna pena pues no había cometido ningún delito; sólo vivir demasiado tiempo más del aconsejable. Sentía sin embargo que algo estaba por terminar. Su quietud no le impedía pensar, lo hacía con dificultad, pero aun medianamente podía razonar. Sí, pensaba, aunque muy despacio, como parecían ser las pulsaciones de su corazón, como un oso hibernando, latiendo mucho más lentamente que lo normal.

Ningún sonido emitía ni tampoco ninguno llegaba a él desde afuera, tal vez era el único habitante que quedaba en ese ruin hotel. Poco a poco iba acostumbrándose a la posición que había adoptado, recostado en la cama, con varias almohadas a modo de respaldo, hundida su cabeza en el centro aplastado de la de arriba. Tenía la sensación de que su cabeza

cada vez, imperceptiblemente, se hundía más y más en la almohada y todo su cuerpo se hundía junto a su cabeza y lo mismo la cama y también el cuarto, e imaginaba que si estuviese afuera vería que el hotel y todos los alrededores también se hundían. Quizá ocurría que no sólo él estuviese en tal situación, próxima a la desaparición inexplicable, sino que ya toda la gente y las cosas también estuviesen desapareciendo sin entender bien porque ocurría ello ni tampoco donde se iba sumergiendo todo, en qué lugar todo se iría a alojar, si la tierra también se hundiese ¿dónde lo haría? ¿en el infinito? ¿y lo mismo estaría ocurriendo afuera con el infinito mismo? Sin duda, meditaba lentamente, el infinito podría pasársela sin una tierra y sus cosas, pero si el infinito también se hundiese, ¿dónde lo haría? Y si así fuese quien notaría y registraría lo que iría ocurriendo... aunque ¿qué importancia tendría hacerlo? no habría ya a quien le importase tal circunstancia.

Y así asumía, lentamente, que vivía sus últimos momentos y tal vez no sólo los suyos sino lo de todo. Esto no le producía ninguna sensación particular, sino que era apenas consciente de qué estaba pasando. Tal vez no sólo él estuviese encerrado en un cuarto de hotel o en cualquier otro cuarto o también simplemente al aire libre y tal vez cada uno también sintiese que eran los últimos momentos de todo.

Al fin, el fin estaría ya previsto y la ejecución no indultada de todo habría llegado y todo moriría por el único y abstracto delito de haber nacido.

OSVALDO TAMBORRA
ot@prosaeditores.com.ar



El escritor y editor argentino y contemporáneo Osvaldo Tamborra, es autor de ocho libros de poesía y cuento. Además, varias antologías publicadas en el país y el extranjero han incluido composiciones de su pluma en ambos géneros. Si su poética, las más veces subjetiva, pero no al modo romántico o neorromántico, transmite algo de su interioridad con alusiones, enumeraciones y metáforas construidas a partir de un activo e inevitable interactuar con la vida; al abordar la labor narrativa, aunque ajena ella al llamado realismo sucio de origen norteamericano con cumbres como Bukowski o Carver, Osvaldo Tamborra aparece también sabedor que la literatura se construye con hechos no literarios y pocas palabras que los adornen. En consecuencia, asume el riesgo de aventurarse al vértigo de las cotidianidades, para enmarcar sus argumentos de ficción con representaciones de la realidad y no utilerías adjetivadas: el adjetivo cuando no da vida mata, enseñó Huidobro. Resaltando entre sus múltiples planos superpuestos o contrapuestos los datos más recónditos y dramáticos de la existencia, que es siempre un coexistir con los seres y las cosas en un tuteo permanente.

Los ineludibles contextos sociales y hasta metafísicos en los que el autor se halla inmerso, bien que con cierta lograda distancia, actúan a veces como personajes. Los deja proceder hasta despedirlos, inquisitivo, en los finales abiertos que suelen tener sus narraciones.

Algo de lo anotado se evidencia en el cuento breve “Conclusión” que antecede. Su título puede implicar un oxímoron en sí mismo, como que al decir de Chesterton: “Solo Dios sabe lo que la muerte vale”. Y vale por lo que eterniza sin previstas e imprevistas consumaciones terrenales. El coexistir es, asimismo, aquí, un desistir-con, es decir un salto común al vacío de toda la porción del mundo a mano de cada ser humano. Lo evidencia el experimentar del protagonista, transmitido a los lectores por el narrador testigo, que anoticia sobre los últimos momentos de cierto moribundo que advierte, entre otros fenómenos, un apagarse de todo al unísono con sus postreros suspiros. Hasta la almohada en que hunde la cabeza, se derrumba con su propio cuerpo agónico hacia el infinito. “La naturaleza, o sea Dios”, fue el panteísta lema de Spinoza, y aunque lejos de la condición divina, todo hombre de carne y hueso, bien puede ser que como en “Conclusión”, llegue y parta llevando a cuestas y sin Cireneo posible, la porción del universo que le fuera señalado desde el origen. Y quizá merezca castigo por lo que no quiso o no pudo abarcar de él y dejó como herencia a la nada, en un irredimible desandar de la Creación.